

El canto del cisne

Pedro VÍllora

¿Recuerdas, mamá, lo orgullosa que estabas de tu tierra, de tu gente, de tu pueblo? Si los vieses ahora, mamá, mi querida mamá...

Estaba en lo que había sido el jardín de su propia casa. El hombre de gafas le miró de arriba abajo, tanteó sus dientes y le ordenó que se bajase los pantalones. Otro muchacho, uno de los que allí vivían, llevó a su corderillo, sucio y embarrado, hasta un agujero en el suelo, y lo tiró por él:

-Es donde echamos a los animales enfermos. Hay muchos desde que envenenaron el agua

El chico lo sabía muy bien. Había pasado ahí dos días con sus noches, inmóvil, asustado por los gritos de los animales agonizantes y las ratas, pero era el único refugio que encontró. Se había prometido que, si recobraba su casa, cegaría aquella cueva. No podía olvidar la mirada asustada de aquel perro, acorralado por las ratas que le saltaban encima y se lo comían, vivo todavía. Chillaba y chillaba, pero nadie podía ayudarle, ni siquiera el chico, que veía cómo las ratas se metían dentro del cuerpo del animal y lo devoraban por dentro, aunque su corazón no había cesado de latir. Después sólo quedaron despojos, que iban siendo cubiertos por las hormigas, y el recuerdo de aquella mirada en las cuencas vacías. Dos días sin poder dormir, vigilando cada uno de los movimientos de las ratas, seguro de que ellas aguardaban un instante de dejadez para atacarle; dos días de miedo y angustia; dos días de espera. Cuando ya no pudo aguantar más la tensión, salió, y respiró con afán aquel aire libre, en el que, sin embargo, también se podía sentir el aliento de la muerte.

El hombre de gafas dio la vuelta para hablar con algún muchacho; mientras, el chico advirtió que la puerta que daba desde la casa a este jardín trasero estaba tapiada.

Por ahí subía mamá al palomar. “Para soñar con otros mundos”, decía ella. Sí, me aseguró una vez que sólo entre aquellos animales, cuando el sol se alzaba y el

cielo empezaba a palidecer, ella perdía la conciencia de sí misma y, acompañada por el suave y triste zureo de las palomas, volaba por el lejano reino de la luz. ¡Oh, mamá!, ¿por qué no me diste parte de aquella paz para conservarla ahora?

El hombrecillo de gafas se volvió a él y le dijo:

-Demuéstrame lo que corres y podrás quedarte; sólo quiero a los más rápidos.

El chico supuso que el hombre los necesitaba para robar en los almacenes que estaban en uso, y en eso hacían falta piernas veloces que evitasen los tiros de los centinelas. La distancia que debía recorrer no era larga, hasta la esquina, la misma esquina donde había estado instalado el puesto de golosinas que era sanamente invadido por la chiquillería al salir del colegio; pero la esquina se hallaba vacía desde mucho tiempo atrás, poco antes de que empezase todo. El chico comenzó la carrera, pero, al llegar allí, a la esquina, la dobló y siguió corriendo y corriendo por aquellas calles que conocía, alejándose de una vida que no habría gustado ni a su madre ni a él, hasta caer fatigado entre unos arbustos lejanos a su casa. Una fina agüilla cayó sobre él desde las hojas sacudidas por su cuerpo y acarició la frente polvorienta marcándola con un estigma de limpieza. Mas, enseguida, el agudo silbido de una bala cortó algunas ramas y la voz de un centinela gritó:

-¡Eh, tú, vago! Desaparece inmediatamente de aquí.

El chico se levantó y volvió a correr, cruzó la carretera que dividía al pueblo en dos mitades y continuó por la calle que conducía a la estación.

Mamá, ¿no ves que estoy cansado de correr, que quisiera poder tumbarme sobre la hierba y descansar, dormir, y creer que estoy en otro tiempo y en otro lugar? Pero sé que estoy aquí, en un mundo distinto a aquel que querías para mí; y estoy ahora solo, y sólo me quedas tú para hablarme de lo que ha de venir. No lloro por mí, mamá: no es culpa nuestra que no haya terminado mi carrera aún.

Al doblar una esquina tropezó con el cuerpo tendido en el suelo de alguno que no había sabido eludir a los centinelas. El tiro había entrado por la nuca, y en la espalda aún corría un hilillo de sangre que salía del orificio. Un grupo de moscas grandes, con las patas peludas y el abdomen azul, había abandonado la herida,

asustadas por el golpe; mientras, en la otra acera se veía el resplandor de los ojos de los ratones que habían estado royendo la cara del muerto. El ojo derecho estaba ya ausente de la negra oquedad que formaba su órbita vacía, y de la oreja sólo quedaba un siniestro colgado. El chico se quedó allí, impresionado por la expresión del rostro del hombre, incapaz de levantarse y alejarse del cadáver, hasta que el sonido del camión de la basura le sacó de su ensimismamiento. Se rehizo y marchó a esconderse entre las ruinas de una de las dos iglesias del pueblo. En esta iglesia había recibido la Confirmación una tarde de primavera. Había estado en una larga fila de niños que avanzaba lentamente camino del altar. Por encima de sus cabezas, los horizontales rayos de la tarde se colaban en el recinto a través de las altas vidrieras con cristales de colores. El murmullo inconfundible de gente cansada que se aburre y quiere terminar se percibía claramente volando entre la luz crepuscular que dibujaba extrañas siluetas en los muros del templo. El chico había creído estar deslizándose en un fluido oleaginoso que apenas oponía resistencia a su cuerpo y se enroscaba en torno a él. No veía nada; de todo lo que había alrededor no percibía sino una imagen borrosa; tan sólo el rostro de su madre destacaba con nitidez en aquella confusión de formas sin sentido. Era el mismo rostro que le había acompañado en las noches dolorosas de su antigua enfermedad; que le había besado dulcemente cuando él fingía estar durmiendo; que había llorado junto a él cuando otros niños le insultaban con crueldad; era el rostro indefinible del aliento maternal.

Sin darse cuenta le había llegado el turno y, alzando sus ojos, se encontró ante el obispo, un anciano que dijo algo ininteligible a lo que el chico contestó con unas palabras sin significado aprendidas de memoria. Después, los labios del obispo se abrieron para dejar salir algún consejo o advertencia que pretendía dirigirse exclusivamente al chico, pero en el que estaban todavía visibles las huellas del uso reciente. Luego, la pajiza y perfumada mano de aquel hombre le golpeó delicadamente en la mejilla. Olía a exótico, y al chico se le antojó madera de sándalo, que no sabía lo que era, pero lo había leído en un libro; y fue entonces que el chico quiso hacerse sacerdote: para que sus manos oliesen igual.

De la parte trasera del camión saltaron dos hombres con monos azules de trabajo y, con la impasibilidad de la costumbre, arrojaron al muerto sobre la basura, de la que sobresalían otros miembros humanos, también cubiertos por bandadas de moscas. Cuando el camión se fue sólo quedaba en el suelo un pequeño charco de sangre que estaba siendo lamido por pulgosos y escuálidos perros, cuyos huesos amenazaban con romper el pellejo que los envolvía. Eran perros callejeros, sin raza alguna. El chico los veía desde su escondrijo entre las ruinas, apenado por el recuerdo de “Rochí”.

Había sido en verano o principios de otoño, cuando toda la familia se hallaba en la casa de campo, gozando de la piscina y la vida tranquila. El chico salió para darse un baño nocturno y dejó la puerta abierta. Nadaba sin ruidos ni chapoteos, deslizándose lentamente para sentir la cálida caricia del agua en la piel, disfrutando de su sensualidad y aliviado por no necesitar de un opresor traje de baño. No prestaba atención a sonidos ni otras sensaciones para no perder ningún instante de placer. Al salir al aire, la mínima brisa le impulsó un indescifrable estremecimiento antes de enfundarse en el suave tacto del albornoz. Envuelto todavía por una aureola de primitivos sentimientos, penetró en la casa con ánimo de dormir y soñar con oscuras y prohibidas circunstancias, cuando un gemido lastimero le apartó de su ensueño. Se hallaba, sucia y desgredada, tumbada en el suelo con mirada implorante y una gran herida en la cabeza de la que lenta, pero continuamente, no cesaban de manar la roja sangre y la vida. El mismo doctor que cosió la herida anunció su estado de gestación pero, antes de que “Rochí”, que se había incorporado a la rutina familiar, pariese, comenzó la guerra. Paseaban el chico y “Rochí” por el parque cerca del lago, porque quería saber si tendría la ocasión única de escuchar de la garganta de algún cisne ese mítico canto que, según decían los mayores, sólo emiten una vez, en el momento de morir, y que él no había oído nunca, cuando empezó el bombardeo. La gente, sorprendida, corría de un lado a otro gritando. Árboles cayeron, aplastando con su peso a una anciana y destrozando los nidos de los pájaros. Una llamarada surgió junto al estanque, quemando a los añosos que habían visto la extinción de otras

civilizaciones. Bajo sus viejas cortezas se turbaron ante la testarudez de aquella raza que se decía sapiente, cuyos actos eran meras repeticiones de los creados por pueblos menos orgullosos. “Rochí”, la perra sin pasado, asustada por el fuego, el ruido, la confusión, huyó para salvaguardar el futuro de los nonatos. Al pasar el peligro momentáneo, “Rochí” ya se había convertido en recuerdo para el chico, dejando de ser realidad cercana a él.

Los perros terminaron de lamer la sangre y se marcharon, dejando algunas pulgas como signo de su ausencia. El chico se levantó y anduvo entre los restos. Poco quedaba del moderno edificio levantado allí, que no alcanzó la magnificencia barroca y centenaria de la otra iglesia del pueblo, pero que lo había sabido suplir con su extraordinaria disposición para la música. Ahora estaba fría y silenciosa, pero en ella se celebraron la mayoría de los conciertos. Su nave central carecía por completo de eco; se podía tocar cualquier instrumento sin temor a que las notas se golpearan unas con otras, tal vez porque preferían huir a quedarse y mirar al Cristo que dominaba la pared del fondo. Aún estaba el muro en pie, y de él pendían vigas y cables ennegrecidos, pero el Cristo había desaparecido. Era mejor así; aquel Cristo era blanco, blanquísimo; sobre su desnuda piel destacaban las manchas rojas que querían parecer sangre y, en su cabeza, la corona de espinas le oprimía las sienes, como deseando hacérselas estallar; sin embargo, la expresión de sus ojos no era suplicante, sino dura y fría: no se le podía mirar a los ojos sin que punzadas de hielo quebraran el corazón. Era un Cristo capaz de inspirar miedo y lástima, pero jamás amor. Ahora, alguien había pintado en su lugar una simple cruz negra, que ya no necesitaba de aquellos amplios ventanales de la iglesia para ser iluminada. Esta cruz no dejaba que los pensamientos religiosos se desviasen por otros caminos menos aconsejables; que la concepción benigna y amistosa de la idea generadora derivase en temor y maldad.

Te habría gustado ver esto, mamá. Fueron muchas las veces que oí cómo te quejabas de esa imagen; nunca fue de tu agrado, y, cuando lo comentaba, la gente se reía de ti; decían que no tenía importancia, pero yo creo que sí la tiene, porque es una mentira, y hay que destruir toda la falsedad..

El chico abandonó las ruinas de la iglesia y se alejó caminando con las sombras de los árboles bañándole las rodillas. El cielo se había convertido en una paleta de pintor: todas las gamas de azules, de rosas, de amarillos, se alternaban hasta confluir en el botón dorado que empezaba a esconderse. Un viento de silencio vagaba por las calles solitarias y nada turbaba la paz. El chico andaba sin ir a punto fijo, ausente en su presencia, solo, buscando en el ayer perdido un mañana mejor; y, conforme sus pasos avanzaban en el camino, de las casas caídas, de la oscuridad de las calles que la vista no lograba profanar, de los tiempos pasados donde todos se ocultaron, se escondieron, se guardaron del mal de los muchos presentes que morían día a día, emergieron jóvenes cuerpos muertos sin haber vivido. El chico no los veía, no hacía falta: los sentía a su lado, cerca. Sabía que estaban allí, detrás, aunados todos por las mismas circunstancias, las mismas evocaciones, los mismos recuerdos; y que su número estaba aumentando, se incrementaba, y ya no eran dos, ni veinte, ni nada cuantificable, sino un solo cuerpo y una sola alma, y un solo encierro y una sola aura, y todos habían perdido y todos querían ganar en el juego que empezaba a insinuarse.

El chico llegó al parque y se adentró en él. La luz de los astros nocturnos daba un aspecto fantasmal al follaje de los troncos derrumbados. Las ramas muertas semejaban figuras demoníacas, ignotas, objetos satánicos de un culto idólatra. Las hojas secas crujían al ser pisadas y en la arena de las avenidas las huellas de hogueras apagadas exhalaban olores cenicientos. El chico atravesó el parque y se detuvo junto al lago; los jóvenes se detuvieron con él. En la plácida quietud de las aguas, cuya superficie era rizada de modo casi imperceptible por el breve soplo de aire que se había levantado, enmarcados por la blanca claridad de la luna que se reflejaba en el espejo, dos esbeltos cisnes interrumpieron su escarceo amoroso y se alejaron volando, perdiéndose en el infinito que les abría las manos; y el chico pensó:

¿Sabes, mamá? Quizá ahora se oiga al cisne cantar.